

Cuentos & Cuentistas Chilenos 2000

Bartolomé Leal, desde Puerto Príncipe

En Chile el género cuento se desarrolló históricamente en líneas más o menos paralelas a las de otros países de nuestra América hispanohablante. Sin entrar en mayores profundizaciones, desde que los pioneros decimonónicos compusieron crónicas breves de carácter narrativo (Pérez Rosales, Jotabeche), se han dado en ese país una escuela criollista (Mariano Latorre, Federico Gana, Francisco Coloane), el realismo social (Manuel Rojas, Baldomero Lillo, Jorge Edwards) y el surrealismo alias realismo mágico (José Donoso, Carlos Droguett, Adolfo Couve), por solo nombrar a las corrientes y autores principales. No hubo nada importante en la línea del indigenismo en Chile, al menos en el cuento. Posiblemente el poema épico *La Araucana* de Alonso de Ercilla inhibió a muchos, al establecer una vara tan alta. Pero sí hubo un notable autor de cuentos policiales, Alberto Edwards, con su personaje Román Calvo, "el Sherlock Holmes chileno".

Sin embargo, desde los primeros años post dictadura, cuando hubo una cierta revalorización de la actividad intelectual, aunque venida a menos en la actualidad por el ímpetu de la farándula globalizadora, el cuento ha tenido bastantes cultores. Sobre todo en forma de libro, ya que el relato ha gozado de poco espacio y salida esporádica en otros formatos, como la revista o el periódico. Hace tiempo que no se publican cuentos en la prensa, como se hizo precisamente durante la dictadura; y hubo críticos, como el fallecido Mariano Aguirre, que abrieron amplio espacio para el cuento, sin discriminar a nadie.

La antología que comentamos, *Cuentos chilenos contemporáneos 2000* (LOM ediciones, Santiago, 2001) presenta a quienes fueron en su tiempo jóvenes promesas y que alcanzaron alguna fama; más otros que se volvieron viejos sin nunca superar el estado de promesas; amén de incluir a amigos del editor o del antologador, como es frecuente en este tipo de recopilaciones. En cualquier caso, se trata de una muestra representativa de escritores y escritoras que hoy en día aparecen como autores consagrados, aunque muchos de ellos no hayan salido del estrecho medio nacional. Digamos mejor de la ciudad de Santiago y, a menudo, de algún café de los barrios más o menos pudientes; ni mucho menos se puede decir que

hayan producido libros memorables; con las excepciones que corresponde, por supuesto.

Tiendo a pensar que la narrativa chilena del montón tiene como marca cierta estitiquez, novelas breves de escasas páginas, con reducido despliegue de imaginación y corto alcance temático y ambiental. Marcado por tal estigma, el cuento aparece como una forma ideal de expresar ese padecimiento creativo. Solamente la eclosión de un fenómeno externo desbordado, como el de Roberto Bolaño, ha cambiado tal impronta; por ello fue odiado por el medio literario local. Hoy en día este escritor tiene sus cultores y la crítica ha preferido empezar a respetarlo para no ir contra la corriente. Igual ha pasado con Luis Sepúlveda, de quien se envidia sobre todo el éxito comercial.

Cabe señalar que el prólogo explica que todos estos cuentos fueron parte de un coloquio donde los autores eligieron un texto para leer en público, y ante el entusiasmo, se transformó en libro. De modo que es un dato del proceso el que estos cuentos corresponden al gusto de los propios autores respecto a su arte, un autojuicio positivo respecto a lo mejor que pueden alcanzar. Podemos inferir que los reflejan en buena medida.

La antología incluye a 26 escritores, 8 mujeres y 18 varones. Tema recurrente en las escritoras chilenas antologadas es la mamá. Pía Barros (1956) quiere matarla en un cuento razonablemente bien escrito, aunque parece traducción de un relato norteamericano a la moda. Alejandra Basualto (1944) observa el mito de Edipo desde el lado de la mamá enamorada del hijo, un cuento que apenas supera la escritura mínima, con frecuente mal uso de palabras, confundiendo significados. Alejandra Costamagna (1970) también trabaja la vena intimista y mata a su vez a la mamá y al papá, con una tal falta de coherencia que queda claro que nada de lo contado ha sido vivido. Teresa Calderón (1955) mata al papá, más bien la figura paterna, en una historia de amores desgraciados, otro tema caro a las narradoras chilenas. Así es también el cuento de Eugenia Echeverría (1943), que junta aquel tema con la figura de la mamá. Lilian Elphick (1959) aporta un cuento sobre la muerte de la mamá, pretencioso en lo formal pero con una falta de sensibilidad en la prosa que a la postre lo arruina. Sonia González Valdenegro (1958) se ocupa del papá, un tema mítico de la clase media chilena: el viejo amancebado con la sirvienta cuando lo acecha la muerte, en un cuento

bien logrado. Finalmente, Lina Meruane (1970) introduce una variante: su cuento trata de la hermana; el papá y la mamá aparecen en forma de cameo. Un lindo relato, en todo caso.

La cotidianeidad familiar marca a las señoras chilenas escritoras de esta antología. Tal vez sea la influencia de las exitosas Isabel Allende y Marcela Serrano, que ha apestado la imaginación y el vuelo de las autoras en busca de reproducir el éxito de las divas. Al menos por lo mostrado en esta selección, la literatura "femenina" chilena llama a mantenerse a distancia si uno es un lector sibarita.

Algunos cuentos de los señores escritores chilenos también revelan ciertas obsesiones de esa sociedad clase media. Tema recurrente es la preocupación en torno a que sus señoras "les ponen el gorro", una expresión criolla para referirse con benevolencia al adulterio. Por supuesto, ellos también las engañan, aunque tal proceso es aceptado por el machismo en boga. Es el tema preciso del poco interesante cuento de Carlos Cerda (1942). Y también el de Martín Faunes (1949), aunque el suyo es gracioso y original, derivando al tema del seductor: un punto alto del volumen. Poli Délano (1936), por su parte, lleva el tema al delirio multiplicado: cuatro mujeres que son una o viceversa.

Otro tema recurrente en la narrativa chilena es la política y en esta antología no deja de aparecer. En los señores, por cierto. Las damas se abstienen. Por cierto, todos los antologados son de izquierda y testimonian los pesares de la dictadura pinochetista. Los relatos de Guido Eytel (1945), José Paredes (1951), Francisco Rivas (1943), Roberto Rivera (1950), Antonio Rojas Gómez (1942) y Jaime Valdivieso (1929), tocan distintos aspectos del tema, pero ninguno de los cuentos llama demasiado la atención por su eficacia narrativa. Aunque en muchos casos no carecen de interés documental.

Hay autores extraviados, que se abanicen con la artesanía literaria. Al parecer tienen un objetivo más alto en la vida y les da lo mismo escribir bien o mal, armar un buen cuento o no, reforzar o debilitar su propio mito. El caso más flagrante es el de Alberto Fuguet (1964): allí lo tenemos con un cuento que finalmente es intimista, casi pacato, que provoca bostezos y llama al sarcasmo. Pero divierte, conociendo al autor como es, un adolescente eternizado y

snob. Niño eternizado es también Jaime Hagel (1933), pero su cuento no peca de falta de encanto.

Otros escritores de esta antología se van por las rutas seguras. Carlos Iturra (1956) entrega un cuento cuyo tema es para mí la máxima muestra de infertilidad creativa: el cuento sobre el cuento. Claro que con una variante excepcional: trata de un jurado que discierne un concurso de cuentos. Claudio Jaque (1954) se anima con un cuento futurista bien poco agraciado, contaminado de frases hechas. Ramiro Rivas (1939) regala al lector con las infaltables nostalgias del viejo cine. Rolando Rojo (1941) ambienta su cuento en Buenos Aires; pero no el real ni el mítico, sino el de los turistas chilenos, con el ombú de la plaza San Martín y el resto.

Consistentes los cuentos de Fernando Jerez (1937) y Diego Muñoz Valenzuela (1956), narrados con método y humor. Aunque los debilita cierta obviedad. Pero lo mejor de la antología es para mí el cuento de Ramón Díaz Eterovic (1956), maestro del género negro y un narrador sólido, siempre divertido, elegante por su limpieza para narrar sin complejos. Está acompañado de sus pares en el libro, en términos de las famas nacionales al 2000. Pero pocos y pocas le llegan a los talones si de literatura se trata.

Una antología interesante sin duda, reflejo de una mentalidad nacional; aunque estéticamente es una literatura castigada por el tiempo transcurrido. Una muestra de una narrativa, la chilena, que tantas dificultades tiene para liberarse de las *manieras* de una sociedad que ha armado una ideología nacional conformista y convencional, hipócrita, solapada, donde nadie puede salir a expresar los dolores profundos de la existencia, aquellos que un lector quiere ver para entenderse a sí mismo y el mundo que lo rodea.